

MI FAMILIA Y EL ÁNGEL



*Gemma
Lienas*



¿Te imaginas qué pasará si un buen día aterriza un ángel en tu casa? ¿Y si encima este ángel hace lo que quiere sin importarle lo que vosotros penséis? Éste es el problema que tienen que afrontar Juan, su hermano pequeño y sus padres cuando encuentran un ángel en la cocina. La estancia del ángel provoca situaciones, a veces, difíciles de resolver, pero siempre muy divertidas.

A partir de 9 años



Gemma Lienas

Mi familia y el ángel

ePub r1.0

nalasss 31.07.13

Título original: *La meva família i l'àngel*

Gemma Lienas, 1991

Traducción: Gemma Lienas & Massot

Ilustraciones: Mabel Piérola

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0



Para Enric

Para mis hijos, David y

Lara

Para Pol, Xavier,

Elisenda y Roger

*1 UNA
FELICITACIÓN
Y LAS MANÍAS
DE PAPÁ*

*T*ODO el lío empezó exactamente la tarde anterior a las vacaciones de Navidad.

Aquella tarde, como todos los lunes y todos los miércoles, papá vino a buscarme al colegio. Ya había pasado por la guardería y había recogido a mi

hermano, que, como de costumbre, se quejaba y lloraba.

En seguida quise enseñar a papá el álbum con todos los trabajos del primer trimestre, pero él me pidió:

—No, ahora no, Juan. Ya me lo enseñarás cuando lleguemos a casa.

Después, se volvió hacia mi hermano Enrique y le espetó:

—¡Cállate de una vez!

Mi hermano, ni caso. Se puso a berrear más fuerte aún. Hacía el mismo ruido que las sirenas de los bomberos, sólo que no era tan divertido.

Creo que papá tampoco lo encontraba muy divertido, porque yo

notaba que se le iba poniendo cara de malas pulgas, que es una cara nada simpática ni nada recomendable.

Papá suspiró y refunfuñó muy bajito y entre dientes:

—¡Mprrrm, mprrrm! —cosa que no pude descifrar, pero que me demostró que yo llevaba razón: papá se estaba enfadando. Y, luego, añadió—: ¡Venga, en marcha!

Nos fuimos hacia casa, papá y yo andando, y Enrique resbalando. Quiero decir que Enrique no andaba sino que se dejaba arrastrar por papá. Parecía que patinaba por la acera, pero ¡claro!, como no llevaba patines, avanzaba con

dificultad.

Enrique iba dando saltos y sacudidas y resbalones y continuaba aullando como la sirena de los bomberos.

Papá, de vez en cuando, se daba la vuelta para mirar a Enrique y volvía a soltar:

—Mprrrm, mprrrm.

Y también:

—¡Uf, grñ grñ grñ!

Y otras veces:

—¡Acsss puaf!

Y yo nunca entendía exactamente qué quería decir; pero, como más o menos me lo imaginaba, decidí que era más prudente guardar el álbum en la cartera y

no abrir la boca hasta que papá recuperase su modo normal de hablar. Ya se sabe, ser el mayor tiene eso: uno no puede hacer tonterías siempre que le apetece.

Pronto llegamos a la portería de casa. Mientras papá abría el buzón y cogía las cartas, le dije a Enrique:

—¡Ven conmigo a ver el árbol!

Enrique se secó las lágrimas y los mocos y dejó de hacer hiiiiiiii. Miré a papá para ver si se había dado cuenta de mi proeza. Quiero decir, si se había dado cuenta de que yo era un hermano mayor fantástico, capaz de hacer callar al pelmazo de Enrique. Pero papá se

estaba peleando con la llave y la cerradura del buzón y no había notado nada.

Enrique y yo corrimos hacia el raquítico árbol de Navidad, que se aburría en un rincón de la portería.

—Sobre todo, no toquéis nada — dijo papá, que en aquel momento había finalizado la batalla.

Me encogí de hombros. ¿Por qué se preocupaba papá por el árbol? Si, al fin y al cabo, no le gustaba ni pizca. Ni a él ni a mamá. Mamá, cuando lo vio en la portería, comentó:

—¿Otra vez estamos así? ¿A quién se le ocurre poner también estas

Navidades un árbol en la portería? Como si no hubiera sido suficiente el año pasado... Otra vez será motivo de discordia.

A mí me hacía gracia ver cómo todos los vecinos de la escalera se peleaban por culpa del maldito árbol.

Los del quinto cuarta, que son muy estirados, dijeron:

—No es nada elegante tener un árbol en la portería —y, para decir eso, alargaban el cuello y ponían la boca pequeña.

Los del segundo segunda opinaron:

—Es un crimen ecológico —porque pensaban que los árboles tenían que

crecer en el bosque y que era una barbaridad cortarlos. Y yo estaba de acuerdo.

Los del séptimo tercera, que son muy tacaños y se enfadan con la portera si las bombillas de la escalera alumbran demasiado, consideraban que era un gasto inútil y ya bastante cara era la vida.

Y los del tercero primera, que son muy antipáticos, aprovecharon el alboroto general para enfadarse con todo el mundo.

A pesar de todo, la portera, como si fuera sorda, puso el árbol en la portería.

Enrique y yo nos acercamos. Tanto a

él como a mí nos gustaban mucho las guirnaldas de lucecitas, que se encendían y se apagaban como si tuvieran hipo. También nos gustaban mucho las bolas de cristal de colores colgadas de las ramas.

Nos acercábamos mucho hasta que veíamos nuestra cara reflejada en ellas. Era divertidísimo, parecíamos una especie de peces monstruosos: la cara alargada, los ojos hinchados, la nariz gruesa como una patata y la boca grande como la de un rape.

Acerqué tanto la nariz que la bola se cayó a la maceta. Hizo:

—¡Crac! —y se rompió con un ruido

seco.

Miré a papá y vi que no se había dado cuenta de nada. Me di la vuelta hacia Enrique y, con un dedo en los labios, le indiqué que hiciera el favor de no decir nada.

Enrique se puso a reír por debajo de la nariz y yo pensé que papá se daría cuenta del desastre.

—¡Cállate, tontaina! —le dije, porque está visto que no se puede uno fiar de un hermano de cuatro años.

¡Pero papá estaba en la luna! Quiero decir que papá estaba más pendiente del ascensor que bajaba del último piso y de los del ático, que siempre dejan el

ascensor en su rellano para tenerlo a punto cuando lo tienen que utilizar, que de nosotros.

Mientras esperábamos el ascensor, papá abrió los sobres que había cogido del buzón. Cuando subíamos hacia casa, me dio las dos felicitaciones de Navidad.

—¡Anda —me dijo—, guárdalas tú!

Papá tiene la manía de que me encantan las felicitaciones de Navidad y un montón más de cosas inútiles.

Y siempre se emperrea en dármelas para que las guarde y las «colecciono». Yo las dejo en mi habitación y allí se quedan durante un tiempo, hasta que

mamá se harta de verlas sobre la mesa o en los cajones, se queja de lo desordenado que soy y me las tira.

Las observé. Una de las felicitaciones era pequeña y estaba llena de campanas doradas. La otra era alargada y representaba a un ángel que estaba echado y dormía.

Cuando entramos en casa, aproveché que papá estaba distraído porque tenía que bañar a Enrique, y tiré las dos felicitaciones detrás de la nevera.

2 *DOS ALAS Y UN PROBLEMA DE LOS DE VERDAD*

*E*L día veinticuatro de diciembre por la mañana, mamá y yo estábamos en el baño. Mamá se duchaba. Yo me cepillaba los dientes. Mamá canturreaba bajo el chorro de agua.

De pronto se abrió la puerta, entró Enrique y dijo:

—Mamá, en la cocina hay un ángel.

—Muy bien, guapo, muy bien —le contestó mamá—. Tómame un vaso de leche, que ahora voy yo a prepararte el desayuno.

Cuando Enrique desapareció camino del pasillo, mamá sacó la cabeza por la cortina de la ducha, movió el pelo enjabonado y me dijo:

—¡Qué imaginación tiene a veces tu hermano!

Yo no pude contestarle nada porque tenía la boca llena de pasta de dientes.

Y, justo en aquel momento, entró Enrique de nuevo y, como en un suspiro, dijo:

—Mamá, dice el ángel que quiere un té.

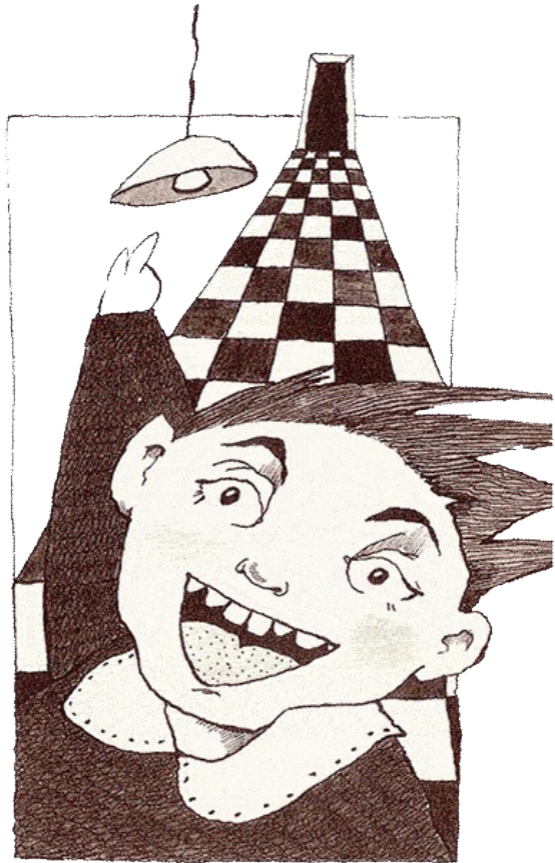
—Dile que se lo prepare él mismo —contestó mamá—. Sólo tiene que poner agua a hervir.

—Muy bien —dijo Enrique. Y desapareció por el pasillo.

Mamá volvió a sacar la cabeza por la cortina de la ducha y me comentó:

—Es mejor seguirle el juego, ¿no te parece?

Yo no pude darle mi opinión porque estaba enjuagándome los dientes y tenía la boca llena de agua.



Y entró Enrique para anunciar:

—Mamá, el ángel pregunta si tenemos té chino. El que hay en el bote no le gusta mucho.

Mamá, que se estaba arrebujaando en el albornoz, contestó en tono burlón:

—Dile que sólo tenemos ése; si le gusta, bien, y si no, también.

Enrique se ofendió y se marchó sin añadir nada más.

Mamá me miró con cara de sorpresa desde debajo de la toalla con que se secaba el pelo.

—¿De dónde sacará esas cosas tu hermano? Parece mentira que sepa que existen distintos tipos de té.

Yo gruñí:

—Mprrrm, mprrrm —lo mismo que hacen papá y ella cuando no quieren que se les entienda, porque, la verdad, no sabía qué decirle.

Y puse el vaso sobre el estante, y el cepillo de los dientes en el bote de los cepillos.

Enrique, que ya debía haber olvidado su enfado con mamá, entró otra vez.

—Dice el ángel que si tienes un poco de confitura de naranja para untarle a las tostadas.

—Si no hay en la nevera, encontrarás un bote en la despensa —le

contestó mamá.

Y a mí me pareció que mamá empezaba a hartarse de aquel juego y que Enrique estaba a punto de ganarse un resoplido si continuaba por aquel camino.

Mamá tuvo el tiempo justo para vestirse y peinarse, y volvió a aparecer Enrique:

—Dice el ángel que si no la tienes de naranja amarga; la otra es demasiado dulce.

Mamá suspiró.

Enrique la miró como si costara trabajo entenderla y, finalmente, le dijo:

—Pues, ve tú a hablar con el ángel.

—¡Eso mismo! —contestó mamá. Y salió del baño muy dignamente.

Enrique y yo salimos corriendo tras ella.

¡Era él!

Le reconocí en seguida. Era el mismo ángel de la felicitación que papá me había dado la tarde anterior.

Las mismas alas grandes, de color de plata. El mismo cabello liso y castaño, cortado como el de un paje. La túnica azul celeste, las sandalias marrones. Y aquel aire de buena persona en los ojos de color de miel.

Mamá se había quedado parada junto a la puerta.

El ángel, que estaba sentado a la mesa de la cocina y bebía una taza de té, se levantó.

—¡Señora! —saludó a mamá con mucha cortesía.

Me pareció que mamá se aturullaba. Le hizo una reverencia. Se notaba que no tenía experiencia en el trato con ángeles y no sabía muy bien qué debía hacer.

—Señor —dijo mamá devolviéndole el saludo.

—Gabriel —respondió el ángel. Y añadió—: ¿No tendría un poco de confitura de naranja amarga, señora?

—Elvira, para servirle —contestó mamá—. No, lo siento mucho; acabo de recordar que no me queda.

Yo miraba al ángel, que había vuelto a sentarse en la silla, muy en el borde seguramente para no arrugarse las alas. Entonces, mamá me llamó:

—¡Juan, ven!

Yo, que me hallaba detrás de ella para no perderme ni un detalle, pensé que mamá le explicaría quién era yo. Quizá le diría:

—Éste es mi hijo mayor, el tesoro de la casa.

O quizá:

—Éste es Juan, un chico como

pocos.

Pero, cuando me vio, sólo dijo:

—Ve a la despensa y trae todos los botes de confitura que encuentres.

Cogí todos los botes de confitura que estaban alineados en el estante: de frambuesas, de arándanos, de castañas, de grosella... De todas las clases, porque mamá tiene la manía de hacer confituras.

Le llevé las distintas confituras a mamá.

Ella ofreció, uno a uno, cada bote al ángel, pero él se emperró (eso sí: muy e-du-ca-da-men-te) en no comer otra confitura que la de naranjas amargas.

Mamá me mandó al supermercado a comprar un bote.

Y yo pensé que vaya fastidio con aquel ángel tan fino.

Cuando regresé del supermercado, mamá estaba aún en la cocina con el ángel. Bebían té y callaban.

El ángel ponía cara de estar en el cielo. Quiero decir que se notaba que estaba muy bien.

En cambio, mamá movía la pierna derecha y eso indicaba que estaba nerviosa. Quizá no encontraba qué decirle al ángel.

Tampoco parecía que el ángel hiciera ningún esfuerzo para buscar un tema de conversación.

Y el ángel miraba a mamá con aquella sonrisa casi estúpida, como la de Julián, un memo de mi clase.

Mi llegada con el bote de confitura de naranja amarga animó un poco la situación.

Y de pronto, mientras untaba las tostadas con confituras de naranja amarga, mamá dio un respingo. Puso cara de haber tenido una idea brillante.

—Esto... —empezó como si no supiera muy bien cómo lo quería plantear—. Usted, Gabriel, debe haber

venido para anunciarnos «la nueva», ¿verdad?

Se notaba que mamá se sentía satisfecha de ella misma.

—¿La nueva? —preguntó Gabriel muy sorprendido, después de pegarle un mordisco a la tostada que mamá le había ofrecido—. ¿Qué nueva?

—La buena nueva —insistió mamá.

—No, Elvira, no. Ni buena ni mala. No he venido a anunciar nada.

—Pues, entonces, ¿qué ha venido a hacer en nuestra cocina?

—Eso me gustaría a mí saber.

Gabriel explicó que, un rato antes de venir a nuestra casa, él estaba en el

cielo y probaba sus poderes de ángel.

—De pronto oí: ¡blof! —dijo Gabriel.

—¿Blof? —preguntó mamá.

—Sí, sí: blof. Y me encontré envuelto en una cortina de humo. Y, cuando el humo se disipó, estaba sentado en la cocina de su casa.

—Ya es extraño, ya —dijo mamá con cara de preocupación—. Y oiga, Gabriel, ¿sabe qué hacer para regresar al cielo?

Gabriel miró a mamá con cara de pena y sacudió la cabeza, como si le molestara explicar lo que tenía que explicar:

—No, no. No lo sé. Mis poderes celestiales son todavía muy tiernos y no los domino aún muy bien.

Mamá se levantó y guardó el bote de confitura en la nevera.

No dijo nada durante unos minutos y, finalmente, habló:

—No se preocupe, Gabriel. Mientras no pueda volver, aquí estará como en su casa.

Yo pensé: «Ahora el ángel aplaudirá de contento». Porque es lo que hubiera hecho yo en su lugar.

El ángel le agradeció el ofrecimiento sin demasiado entusiasmo, como si el comentario hubiera sobrado. Parecía

que antes de que mamá lo hubiera dicho,
él ya hubiera decidido quedarse.

3 *TRES*
HUÉSPEDES EN
MI HABITACIÓN
Y UN ÁNGEL
COMO LA
PRINCESA DEL
GUISANTE

— ¡*P*APÁ, papá! —gritó

Enrique cuando oyó el ruido de la llave

en la cerradura—. ¡En la cocina está mi ángel de la guarda!

—¡Mprrrm, mprrrm! —hizo papá detrás del periódico que estaba leyendo.

—¡En la cocina está mi ángel de la guarda! —insistió Enrique mientras tiraba de la manga del jersey de papá.

Papá no tuvo más remedio que dejar el periódico y mirar a Enrique.

—¿Qué dices, guapo? —preguntó papá.

—Que en la cocina está mi ángel de la guarda.

—Muy bien, muy bien —contestó papá dándole unos golpecitos en la cabeza—. Pues ahora mismo vamos a

conocerle, ¿de acuerdo?

—¡No! —quise aclararle—, no es su ángel de la guarda; es Gabriel y basta.

—Ya estás demasiado crecidito, tú, para decir las mismas tonterías que tu hermano —me dijo papá.

—No son tonterías —repliqué—, es la verdad. Gabriel es un ángel y está en la cocina de casa. Pero no es el ángel de la guarda de Enrique.

—Sí que lo es. Es mi ángel de la guarda —gritó Enrique. Y luego empezó a hacer la ambulancia y a pegarme patadas.

No consiguió alcanzarme ni una sola vez porque soy uno de los mejores

sorteadores de patatas del mundo.

—¿Ves lo que has conseguido con tus bobadas? —exclamó papá haciéndome, como siempre, responsable de las rabietas de mi hermano.

Papá dejó el periódico sobre la librería de la entrada.

—¡Bueno, basta de tonterías y dejadme pasar! —pidió papá mientras quitaba de en medio a Enrique y se dirigía a la cocina.

Dejé a Enrique tumbado en el suelo y haciendo sonar su ambulancia, y corrí detrás de papá porque no me quería perder la siguiente escena.

—¡Elvira, Elvi...! —empezó a decir

papá, y se interrumpió cuando abrió la puerta de la cocina.

El ángel dejó la taza de té que estaba bebiendo sobre la mesa y sonrió a papá.

Mamá se levantó y dijo, mirando a papá mientras señalaba al ángel:

—Alberto, te presento a Gabriel.

Después, se dio la vuelta hacia el ángel y dijo, mientras señalaba a papá:

—Gabriel, le presento a Alberto, mi marido.

Gabriel contestó:

—Mucho gusto.

Papa no dijo nada. Se pasó las manos por el pelo y miró a mamá como si la viese por primera vez.

—Esto... —dijo mamá—, Gabriel estaba probando sus poderes celestiales y le han fallado.

—Le han fallado los poderes celestiales —repitió papá como si estuviera sonámbulo.

—Me han fallado los poderes celestiales —repitió el ángel como si papá no hubiera entendido a la primera —, y ¡blof!, me he encontrado en la cocina de ustedes.

—Se ha encontrado en nuestra cocina —repitió papá otra vez como si fuese sonámbulo.

—Se ha encontrado en nuestra cocina —repitió mamá como si esto

aclarase mucho la situación.

—Y ahora no sabe qué debe hacer para volver al cielo —explicó mamá.

—Y ahora no sabe qué debe hacer para volver al cielo —aclaré yo antes de que alguien tuviera tiempo de añadir algo más.

Pero nadie me agradeció el interés. Papá y mamá me miraron con la misma cara con que miran las facturas de la luz. Las caras indicaban que me callase y no me entrometiera en las cosas de los mayores.

El ángel ni siquiera se dignó lanzarme una mirada.

—Mientras no pueda regresar,

tendrá que permanecer en casa, ¿sabes?
—explicó mamá.

Papá volvió a mirarla como si la viese por primera vez. Al final, papá dijo:

—Elvira, ¿quieres venir un momento, por favor? —y, luego, añadió mirando al ángel—: ¿Nos disculpa unos instantes, Gabriel?

—Sí, sí, ustedes mismos —contestó el ángel.

Papá y mamá salieron de la cocina. Y yo detrás de ellos.

De lejos llegaba el sonido de la ambulancia de Enrique.

—¿Se puede saber cómo se te ha

ocurrido decirle que se quede? —
preguntó papá.

—Me ha dado lástima, pobre
hombre. Quiero decir, pobre ángel —
contestó mamá.

—Pero ¿dónde le pondremos? Y si
no consigue nunca volver al lugar del
que ha venido, ¿qué vamos a hacer con
él? Y ¿qué diremos a la familia cuando
mañana venga a comer?

—No lo sé, Alberto, pero alguna
solución encontraremos.

El ángel se quedó en casa.

Nadie sabía por cuánto tiempo iba a

quedarse, pero todos supusimos que no sería cosa de horas sino de días. O de semanas o de meses. Mamá dijo que debíamos hacerle sitio en nuestra habitación. Quiero decir, en la de Enrique y en la mía.

Yo protesté por lo que se me venía encima. Ya es un desastre bastante grande compartir la habitación con el mocoso de Enrique. Siempre se queja cuando leo hasta tarde: dice que la luz no le deja dormir. Luego, cuando apago la luz, en lugar de dormirse y dejarme en paz, se pone a gritar. Entonces mamá se cree que le he asustado. Y, como siempre, me la cargo.

Aproveché que el ángel todavía estaba en la cocina y no me podía oír.

—¡No quiero que duerma en mi habitación! —grité con toda mi energía.

—¿Quieres ganarte un bofetón? —preguntó papá, también con toda su energía—. Dormirá donde nosotros digamos. Sólo faltaría...

Mamá, haciendo caso omiso de mis gritos y del llanto lejano de Enrique, empezó a tirar de la cama que se esconde debajo de la mía.

Yo estaba a punto de protestar con la máxima energía, a pesar de las amenazas de papá, cuando apareció el ángel.

—Esto... Gabriel... —dijo papá,

que se notaba que tampoco tenía práctica tratando con ángeles—. Le estamos preparando la cama.

—Si no le importa, tendrá que dormir con los niños —explicó mamá, que ya había empezado a poner la sábana bajera sobre el colchón.

El ángel, que continuaba sonriendo estúpidamente, miró la cama a medio hacer, y la sonrisa se le borró.

—Elvira —dijo con un tono de voz grave—, no se tome tantas molestias por mí. A fin de cuentas, me sería imposible utilizar esta cama.

«No duerme», pensé yo. Estaba seguro de que, como era un ángel, no

necesitaba dormir.

Mamá debió pensar lo mismo porque preguntó:

—Y pues, Gabriel, ¿quizá no necesita dormir como nosotros?

El ángel recuperó su estúpida sonrisa.

—Sí, claro que sí. Pero esta cama tan estrecha no sería suficiente, ¿sabe?

Mamá y papá miraron la cama, luego al ángel y, finalmente, se miraron entre sí. Seguro que pensaban lo mismo que yo: ¿qué tenía de malo aquella cama? Parecía una cama como otra cualquiera...

—Es por las alas, ¿saben?

Mamá y papá dijeron no con la cabeza.

—Quiero decir que necesito una cama ancha porque si no, las alas no me caben y se me podrían arrugar.

Papá y mamá decían que sí con la cabeza, como si hubieran enmudecido.



—Me parece que le tendréis que dejar vuestra cama —dije yo, intentando aclarar la situación, porque, la verdad, mamá y papá parecían un poco parados con todo lo del ángel.

Papá y mamá me lanzaron una mirada asesina, pero luego disimularon.

—¡Claro! —dijo mamá como si regresara de Babia—. Juan tiene razón, le dejaremos nuestra cama.

—¡Mprrrm! —hizo papá. Y mamá le dio un codazo en el estómago.

—Eso es —tradujo papá—. Gabriel, acompáñenos, por favor, le enseñaremos su habitación.

Y Gabriel y todos nosotros fuimos a

la habitación de mis padres.

Gabriel pareció muy satisfecho con aquella cama tan grande. Yo también lo estaba. No por la cama de mis padres, claro, sino porque me había librado de compartir la habitación con más gente.

Pero mi alegría duró poco porque mamá pronto dijo:

—Alberto, me parece que tendrás que dormir en el sofá del salón, y yo dormiré en la habitación de los niños.

¡No había derecho! Todo por culpa del ángel. Cuando fuera mayor, pensaba tener una habitación para mí sólo. Lo tenía bien decidido.

Aquella noche, sin embargo, todavía no se habían acabado los problemas.

Papá, mamá y yo estábamos sentados en el salón y veíamos la tele. Era una película fantástica. Salía una señora con una cara de mala extraordinaria y con unas tetas todavía más estupendas. También había un señor, que llevaba un sombrero y hablaba sin quitarse el cigarrillo de la boca. El señor cogía a la señora por la espalda y le daba un beso en la boca, de aquellos que parece que van a contagiar la gripe. Luego, la señora se separaba bruscamente y le pegaba un bofetón en la mejilla al señor. Entonces pensé que era una suerte estar

de vacaciones porque mis padres no me mandaban a la cama. Y la película era realmente emocionante, la señora se ponía a llorar y el señor se miraba las uñas y, en aquel momento, llegaba la policía.

Y, en aquel momento, también llegó el ángel. Pero, en lugar de decir: «Acompáñanos, Johnny; esta vez te hemos pescado», dijo:

—¿Por casualidad no tendrían un cepillo?

—¿Un cepillo? —preguntó mamá. ¿Para la túnica, quizá?

El ángel sonrió estúpidamente y contestó que no.

—¿Para las sandalias? —preguntó papá. Todos notamos que a papá le molestaba mucho la aparición del ángel cuando se llevaban a Johnny a la comisaría y la señora caía desmayada y nadie le hacía caso.

El ángel volvió a decir que no.

—¿Podríamos dejar de jugar al juego de las adivinanzas? —añadió papá, que no se quería perder el interrogatorio al que sometían a Johnny cuando llegaba a la comisaría—. Si nos dice para qué quiere el cepillo acabaremos antes.

—Para las alas —contestó Gabriel como si fuera la cosa más normal de

este mundo—. Lo necesito para cepillármelas como todos los días. Cien veces hacia arriba y cien veces hacia abajo. Para tenerlas bien brillantes.

—¡Cielos! —exclamó mamá, sin perderse los puñetazos que el comisario le sacudía a Johnny. Y, después, muy bajito, como si hablase con ella misma, añadió—: Más que un ángel, parece la princesa del guisante.

Yo ya sabía qué venía a continuación:

—Juan, rey, ve a buscar...

—¿Por qué yo? —pregunté, sólo para ganar tiempo y no perderme a Johnny echando sangre por la nariz y

confesando todo cuanto quería el comisario. Pero, en realidad, ya sabía que no había más que hablar: me tocaba ir a mí.

—¡No discutas! —refunfuñó mamá.

—¡Chst! —escupió papá—. No hay manera de enterarse de la película.

—Trae el cepillo que hay encima del tocador —explicó mamá en voz baja.

Yo corrí por el pasillo a toda máquina, pero no me sirvió de nada: cuando regresé, Johnny ya había desaparecido de la pantalla para dar paso a un anuncio de jabón de lavadoras.

—Toma —dije a Gabriel, mientras

le ofrecía el cepillo.

¿Creéis que lo cogió? Pues no. En lugar de esto me pidió:

—¿Querrías hacerme un favor?

—¡Mmmm! —contesté.

Y quería decir: «Sí, pero, por favor, delante de la tele».

Él lo entendió, porque se sentó en una punta del sofá, delante de la tele, y añadió:

—¿Querrías cepillarme las alas? Yo no alcanzo, ¿sabes?

4 CUATRO PRIMOS Y UN MONTÓN MÁS DE FAMILIA

*E*RA el veinticinco de diciembre, o sea el día de Navidad. Yo tenía ganas de levantarme y no tenía ganas. Quiero decir que, por un lado, me hacía ilusión levantarme porque el día de Navidad hay cosas que me gustan. Por ejemplo: los turrónes, los barquillos y el champán

(desde que cumplí los ocho años, mis padres me dejan beber un poquito de vez en cuando). También me gusta que estén mis primos, pero sólo hasta las cinco de la tarde, porque a partir de esta hora empezamos a pelearnos y ya tengo ganas de que se marchen otra vez a su casa. También me gusta la abuela Tereza (que tiene un nombre que se escribe de una manera muy extraña porque ella es de Brasil, pero se pronuncia Teresa) porque siempre me explica historias de magia de su país. También me parecen bien la abuela Yvonne (que tiene un nombre muy extraño porque nació en el sur de Francia) y el abuelo Armando

(que también tiene un nombre extraño, pero de aquí) porque me hacen caricias, me cuentan chistes y me enseñan villancicos que son más divertidos que los del colegio. Por ejemplo, éste:

*Don Blas y
Doña Tecla,
¡pobres, qué
feos son!
No comen
nunca carne,
ni huevos, ni
jamón.
Sólo comen
espárragos*

*y compota con
limón.*

Pero el día de Navidad también hay cosas que no me gustan mucho. Por ejemplo: el cordero, porque después de los entremeses y del consomé, ya no me apetece; pero, aun así, me obligan a tomar un poco. Tampoco me gustan los tíos y las tías, sobre todo cuando dicen: «Pero qué mayor se ha hecho nuestro Juan, ya es todo un hombre», y yo sé que esto no es verdad, porque si fuera un hombre sería alto como papá y tendría barba. Y tampoco me gustan cuando me piden: «Anda, va, Juan, ahora te toca a

ti. Súbete a una silla y recítanos una poesía».

Una vez se enfadaron mucho porque, como no me sabía ninguna de memoria, les recité ésta:

*Como soy muy
pequeñito
y no me sé ni un
versito,
me como tres
galletas
y os mando a
hacer puñetas.*

Opinaron que yo era muy maleducado y dijeron a mis padres que

vigilaran, que quizá el colegio al que me llevaban era una tomadura de pelo. Y mis padres también se enfadaron y les dijeron que no se entrometieran, que nadie les había pedido su opinión, y que tampoco ellos pensaban que el colegio de mis primos fuera un gran acierto. Y acabaron peleándose bastante.

Además, si el tío Rafael decide fumarse un puro, y os aseguro que lo decide todos los años, la casa se llena de humo y a mí me escuecen los ojos.

De modo que por todas estas razones tenía ganas de levantarme y no tenía. Sabía que mamá ya lo había hecho porque notaba que la cama de al lado de

la mía estaba vacía. Y yo seguía remoloneando mientras pensaba qué tenía que hacer cuando oí un

—¡SPLASSS, CATACRAC, CATACLING CLING CLING...!

Y después de un silencio muy corto, pude escuchar un

—¡AYYYY, AYYYY, ESO SÍ QUE NO!

Esto fue suficiente para que me levantara de sopetón y fuera al pasillo junto a un jarrón de cristal de Murano, que seguramente no sabéis qué es, y yo tampoco; pero mamá dice que es una maravilla y que, si alguna vez se rompiera, no podríamos tener otro igual y debemos andar con mucho cuidado.

Bien, pues fui a dar con los pedazos de cristal de Murano, porque el jarrón ya no era un jarro.

Mamá se quedó como en las películas de ciencia ficción cuando inmovilizan a la gente con el láser. Tenía la boca abierta y los ojos como platos, pero no se movía ni un milímetro, no decía nada.

Quien sí probaba a decir algo era el ángel:

—Disculpe, Elvira. Ha sido sin querer.

—Ya nos lo imaginamos que no lo ha hecho adrede —dijo papá con la misma voz que usa para decirle al tío

Rafael qué piensa de sus ideas sobre política—. Pero, hombre, en adelante mire dónde pone las alas.

El ángel puso cara de «no-lo-haré-nunca-más» y mamá empezó a sollozar.

—Vamos, Elvira, verás cómo sobrevivirás le dijo papá, que parecía harto de toda la historia y empezaba a impacientarse porque se estaba haciendo tarde y no tendrían tiempo de preparar la comida.

Papá y mamá se fueron hacia la cocina, y yo me quedé con Gabriel.

—¿Tienes una cintita? —me preguntó.

—¿Perdón? —no le había entendido.

De verdad que no sabía qué quería.

—Que si tienes una cinta o un cordel o cualquier cosa que pueda serme útil para atarme las alas. Si no, ya ves qué pasa, ¿verdad?

Miré los cristales por el suelo. Pensé en todas las figuras de cerámica y de cristal que hay por casa. Y consideré que el ángel había tenido una buena idea.



Fuimos a buscar una cesta donde están las cosas de la costura. Había cinta de algodón blanco y de algodón negro y de terciopelo rosa y de terciopelo azul. Pensé que la que le iba mejor era la azul, porque combinaba con el color de su túnica.

Atar las alas de Gabriel no fue un trabajo fácil porque todo el rato se estaba quejando de que tenía cosquillas y se reía mucho. Finalmente, lo conseguí: le pasé la cinta por la parte de arriba de las alas. Se la estreché por la punta. Luego, fui enrollándosela por las alas hacia abajo y lo rematé con un lacito muy gracioso.

Le llevé delante del espejo que tienen mis padres en su habitación.

Se miró complacido y me dijo:

—Menos mal que ahora podré moverme sin miedo a romper nada. Pero tendrás que hacerme un favor.

Yo enarqué las cejas.

—Me quitarás la cinta de vez en cuando. ¿Verdad que lo harás, Juan? Necesito mover las alas unas cuantas veces al día porque si no llegaría un momento en que apenas podría volar.

Le contesté que sí, por supuesto.

Al mediodía, mamá entró en la

habitación, donde Enrique, Gabriel y yo mirábamos libros, y dijo que estaba muy contenta de que nos hubiéramos entretenido toda la mañana sin hacer tonterías.

Y, después, cuando vio las alas del ángel atadas, consideró que era una buena idea, pero me pidió que se las desatásemos para la hora de comer. Porque, ¿a ver qué iba a decir la familia cuando viera que teníamos un ángel y, para colmo, lo atábamos?

La familia tuvo opiniones distintas respecto al ángel.

Los primeros en llegar fueron el tío Rafael, la abuela Yvonne y el abuelo

Armando. El tío Rafael llevaba su gabardina gris y el sombrero de siempre. Se los quitó y los colgó en una de las alas del ángel, que se había quedado de pie y muy quieto junto a la puerta.

—¡Ya era hora, Alberto, de que sentaras la cabeza! —rugió el tío (el tío nunca habla con una voz normal; la tiene tan fuerte que parece que siempre grite), mientras le daba palmaditas en el hombro a papá.

Papá tosió, hizo una mueca, pero no dijo nada.

—Sí, hombre. Quiero decir que has hecho bien invirtiendo en arte.

Yo no entendí qué quería decir lo de «invertir en arte». Mamá después me explicó que significaba gastar mucho dinero en comprar pinturas o esculturas valiosas y que, de este modo, después, si uno quería, podía venderlas y ganar dinero.

Es decir, que el tío Rafael había confundido a Gabriel con una estatua.

Pero Gabriel empezó a tener cosquillas en las alas, de tanto sostener la gabardina y el sombrero del tío, de manera que dijo:

—Por favor, señor, ¿me haría la bondad de retirar su ropa de mis alas?

El tío dio un respingo y miró al

ángel con cara de sobresalto.

—Si habla... —dijo el tío, que todavía no sabía de qué iba el lío.

—Claro que hablo —contestó Gabriel, un poco ofendido—. Que venga de una nube, no quiere decir que no sepa hablar.

—Es Gabriel —explicó mamá.

—Un ángel caído del cielo —añadió papá.

—Es mi ángel de la guarda —se enfadó Enrique, que ya llevaba mucho rato callado sin hacer la ambulancia.

Mientras, Gabriel se sacudía las alas y la túnica para estar más atractivo.

—No lo entiendo —dijo el tío.

—Yo te lo explicaré —corroboró papá. Y, cogiéndolo por los hombros, se lo llevó por el pasillo.

Llamaron de nuevo a la puerta y fui a abrir. Me resultaba gracioso ver qué decían sobre el ángel.

Eran el tío Óscar, la tía Rosario y los primos: Javier, Elisenda y Roger.

El tío y la tía miraron al ángel con curiosidad, pero sin extrañeza.

—¡Querida Elvira! ¡Qué gran idea has tenido! —gritó la tía, mientras acercaba los labios a la mejilla de mamá y le daba dos besos en el aire—. Tú siempre tan imaginativa. Mira que disfrazar a Alberto de adorno de

Navidad...

—Hija, Rosario, que no es Alberto —puntualizaba mamá.

Yo pensé que mamá realmente tiene razón cuando dice que la tía Rosario necesita gafas, pero no se las pone porque es muy presumida. ¡Mira que confundir a Gabriel con papá! Si no se parecen en nada...

—¡Ah! ¿No es Alberto? ¿Pues quién es?

—Es Gabriel —dijo mamá, que, justo en aquel momento, abría la puerta y pasaban la tía Eulalia, el tío Zenón, el primo Pol y la abuela Tereza.

—¿Quién dices que es? —preguntó

el tío Zenón, que no pierde la oportunidad de meterse en todo y armar bulla por cualquier cosa.

—Soy Gabriel —dijo él.

—Un ángel.

—¿Un ángel? —dijeron todos a la vez.

Y ya fue imposible aclararse porque todos hablaban al mismo tiempo y cada vez gritaban más. Hasta que, de pronto, papá asomó la cabeza por el pasillo y tronó:

—¡A la mesa, que la comida se enfría! —y todos fuimos hacia el comedor.

Aquella comida de Navidad no fue

como siempre. Mis primos estaban tan sorprendidos de ver que teníamos un ángel de carne y hueso que ni siquiera tuvieron ánimo para devolverme las cuatro coces que les mandé por debajo de la mesa. Los mayores también hablaron menos de lo que suelen y, sobre todo, no se discutió de política ni se quejaron de la declaración de la renta. Yo no sé qué es, pero mis padres todos los años sueltan muchos ayes y uyes cuando rellenan lo que ellos llaman la declaración.

Al acabar de comer, el ángel quiso tumbarse un rato.

—Es que tengo que hacer la

digestión —dijo.

—«¡Claro», pensé yo, «como que se ha puesto las botas!».

—¡Alegría, alegría! —chilló el tío Óscar, mientras mojaba las puntas de los dedos en el champán derramado junto a una de las copas. Luego, se pasó los dedos mojados por detrás de las orejas y añadió—: Entre el champán y el ángel, este año tendremos suerte.

—¡Comprad un billete de lotería en seguida, seguro que este año nos toca el gordo! —estuvo de acuerdo el abuelo Armando.

—¿Quién os ha contado que un ángel da suerte? —preguntó la abuela Tereza

—. Este ángel nos puede traer la desgracia; sí, señores, la desgracia.

—Anda, mamá, bebe un poco más de champán y no pienses en esas cosas, que no te conviene disgustarte —pidió el tío Zenón.

—¡Si no me disgusto, caramba! —sacó el genio la abuela Tereza—. Sólo os prevengo: este ángel puede ser un mal agüero. Todo depende de lo que nosotros seamos capaces de hacer y de cómo le tratemos.

—Tereza, ¿quiere decir que no tiene razón su hijo? —preguntó la abuela Yvonne, que ya se notaba que quería acabar con la manía de la mala suerte—.

Creo que se preocupa sin motivo. Puede que incluso sea una señal de bienaventuranza el que haya venido a caer precisamente a esta casa.

—No y no —insistió la abuela Tereza, que es más terca que una mula—. En Brasil, cuando muere alguien, decimos que ha pasado un ángel y se lo ha llevado. No sabemos a quién viene a buscar éste. Quizá a mí...

—¡A brindar todos! —dijo mamá, que quería cambiar la conversación.

Chin, chin, chocaron las copas. Y, mientras, la abuela Tereza se volvió hacia mí, me guiñó el ojo y me dijo en voz baja para que nadie la oyera:

—Yo, por si acaso, le prepararé una golosina cada día: un soufflé de chocolate, un pastel de manzana, unas galletas de pasas, en fin... lo que sea con tal de que no se lleve a ninguno de nosotros.

*5 CINCO
PROPUESTAS Y
UN PLAN PARA
MATAR LA
AÑORANZA*

AL día siguiente de Navidad, Gabriel estaba mustio. Se había quedado de pie, junto a una ventana, mirando hada el cielo, que aquella mañana era azul muy intenso, sembrado de nubes de

las que parecen algodón.

—¿Quieres que leamos cuentos? —
le pregunté.

No me contestó.

—¿Quieres jugar a «marcianitos»? —
le preguntó Enrique.

No contestó.

—¿Quiere una taza de té? —
preguntó mamá. Y, en seguida, viendo
que no respondía, papá insistió:

—¿Quiere ayudarme a resolver un
crucigrama?

—Está en la luna —comentó mamá.

—Está en las nubes —dijo papá.

Y se fueron y lo dejaron por
imposible.

De vez en cuando, Gabriel suspiraba. Ponía cara de estar muy triste.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Enrique.

—Tengo añoranza —contestó el ángel con un suspiro aún más fuerte que el anterior.

—¿Qué quiere decir añoranza?

—Quiere decir echar de menos algo.

—¿Y qué es lo que echas de menos? —le pregunté yo.

—Las nubes.

—¿Las nubes? ¿Y por qué las echas de menos? —me extrañé, porque me imaginaba que serían muy húmedas y

debía de ser muy incómodo estar siempre montado en ellas.

—Porque son suaves y calentitas...

—explicó con un gran suspiro.

—Pero deben de mojar, ¿no?

—Un poco, pero no importa porque son suaves y calientes.

Daba lástima, pobre ángel, con aquel aspecto tan añorado, con aquella cara tan triste.

—Si por lo menos pudiera estar en las nubes un rato...

Enrique y yo mirábamos a Gabriel sin decir nada.

De pronto se me encendió una lucecita y tuve una idea.

—¡Lo tengo! —grité como un comanche.

El ángel y Enrique dieron un respingo.

—¿Qué tienes? —preguntó Gabriel.

—Lo que podemos hacer para que te sientas como en las nubes.

—¿Qué? —preguntaron Gabriel y Enrique a la vez.

—Venid conmigo —repliqué misteriosamente sin explicarles nada.

Nos dirigimos al baño.

Tapé la bañera, vertí un chorrito del jabón líquido que mamá utiliza cuando quiere preparar un baño de espuma y abrí el grifo completamente. El chorro

de agua cayó con fuerza sobre el jabón y la bañera se llenó de espuma.

—¿Qué haces? —preguntó Gabriel, que no debía de tener mucha experiencia en cuestión de baños.

—Prepararte algo parecido a las nubes.

Enrique aplaudió.

Cuando la bañera estuvo a punto, le dije al ángel que se desnudara y se metiera dentro.

—Bueno, pero daos la vuelta mientras me desnudo.

Le miré sin entender por qué quería que nos diéramos la vuelta.

—No quiero que me veáis desnudo.

Me encogí de hombros, y Enrique y yo nos pusimos de cara a la pared.

Pensé que aquel ángel era muy fino. Papá y mamá no hacen tantos aspavientos cuando tienen que ducharse. Y entonces me pregunté: «¿Cómo será Gabriel desnudo: como papá o como mamá?». Pero, la verdad, no tenía ni la más remota idea.

—¡Ya está! —nos avisó Gabriel.

La espuma le cubría el cuerpo por completo, y las alas le salían de la bañera y le arrastraban por el suelo.

—¡Es fantástico! —gritó Gabriel Es como estar en las nubes.

Gabriel se pasó toda la mañana

hasta la hora de comer en la bañera. Mis padres protestaron muchísimo y dijeron que aquello no podía ser, no había manera de utilizar el baño mientras el ángel estuviera dentro.

Para acabarlo de arreglar, cuando Gabriel salió, tenía las alas muy mojadas y no se las podíamos secar con la toalla. Al final, a mamá se le ocurrió usar el secador del pelo. Fue una buena idea: le quedaron ahuecadas y finas como las de un pollito recién nacido.

Mientras estaba en el baño haciendo pipí, oí un ruido de alas, como si el patio de luces se hubiera llenado de palomas. De pronto, el ruido cesó.

Entonces, hubo un instante de silencio, el tiempo de tirar de la cadena del wáter. Y, justo después, se empezaron a oír gritos, como si todos los vecinos se hubieran vuelto locos.

—¡Elvira, Elvira!

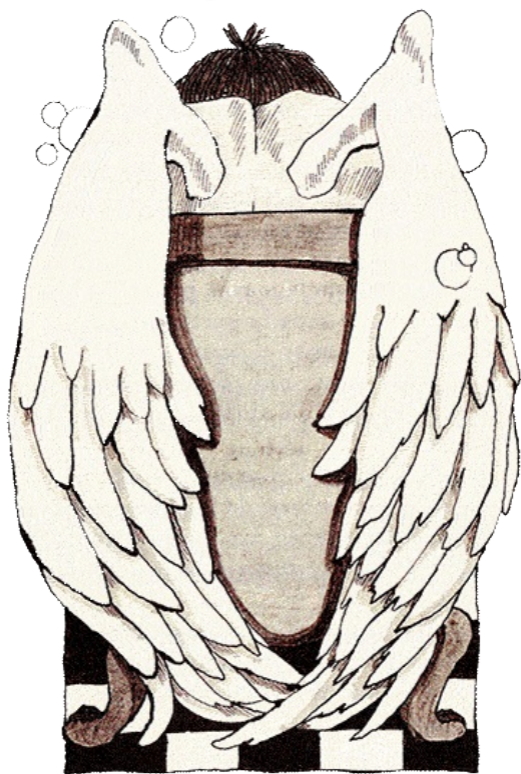
—¡Han visto eso! ¡Señora Valdés, señor Valdés!

—¡Eh, los del cuarto primera! ¿Qué diantre es eso?

Salí del baño sin tiempo para lavarme las manos.

Papá y mamá estaban sentados en el salón y leían. Enrique dormía la siesta en nuestra habitación. Y Gabriel estaba en la suya, es decir, en la de mis padres,

y ya estaba un poco recuperado de su ataque de añoranza.



—¿No oís que os están llamando?

—¿Quién nos llama? —preguntaron mis padres al unísono.

—No lo sé —dije encogiéndome de hombros—. Alguien en el patio interior.

—¿Estás seguro? —preguntó mamá con pinta de incredulidad.

—Completamente.

Se levantaron.

Fuimos hacia la cocina para salir a la galería que da al patio interior. En cuanto entramos oímos el barullo.

—¡Pues vaya, está revuelto el patio! —exclamó papá. Y abrió la puerta de la galería.

—¿Qué pasa? —preguntó mamá

asomándose por encima de la barandilla.

—Elvira, ¿se te ha caído algo de ropa? —dijo la vecina del segundo segunda.

—¡Ni hablar! ¡No era ropa! Era una persona. Era una persona que caía por el patio interior —aulló el del tercero primera.

—¿Ah, sí? Pues, ¿dónde está la persona? Si fuera una persona se habría estrellado contra el suelo, ¿verdad?

—¿Y dónde está la ropa, eh? ¿Dónde está?

Papá y mamá se miraron sin decir nada. Mamá señaló con la barbilla en

dirección a la ventana abierta de su habitación. Papá arqueó las cejas.

—Tenía alas —dijo el niño del tercero segunda.

—¡Cállate, Ramón! No te entrometas —intervino su madre—. Pero es verdad. Yo también creo que era una cosa con alas y salía de aquella ventana abierta —añadió indicando la ventana de la habitación de mis padres.

Todos los vecinos se callaron a la vez y miraron a mamá y a papá con aire acusador.

Papá se rio de una manera que parecía no tener ningunas ganas.

—¡Ja, ja, ja! —hizo. Y añadió—:

Ustedes están de broma, ¿verdad? Una cosa con alas... Ja, ja, ja. ¡Qué risa me da!

—Claro, como que es Navidad —dijo mamá, para seguir la corriente—. Esto nos lo cuentan para que nos riamos, para celebrar la Navidad.

—¡No, señora, no! No lo decimos en broma^J—replicó el del tercero primera—. Eso lo decimos porque, quién más quién menos, todos hemos visto una cosa que revoloteaba por el patio de luces hacia arriba y hacia abajo.

—No nos gustaría que alguien se hiciera daño —añadió la señora del segundo segunda con voz de no querer

guerra—. Compréndalo, Elvira, sólo nos interesa ayudar.

—¡Mprrrm, mprrrm! —rezongó papá.

—¿Cómo dice? —preguntó el del tercero primera.

—Nada, nada. Que muy agradecidos, pero es mejor dejarlo —explicó mamá.

—Quizá sí que estábamos equivocados —dijo la del tercero segunda—. Es mejor que entremos, porque a lo mejor nos enfriamos. ¡Vamos, Ramón! ¡Vamos dentro! ¡Adiós a todos!

La del tercero segunda cerró la

ventana.

—¡Que ustedes lo pasen bien! —se despidió el del tercero primera—. Y vigilen que no se les caiga nada más por la ventana. La próxima vez avisaremos a la policía.

—¡Tan amable como siempre! —refunfuñó mamá muy bajo para que no la oyera.

Y el del tercero primera cerró la ventana.

Papá y mamá se miraron y suspiraron aliviados.

—Vamos a ver qué hace aquel botarate —decidió mamá.

Fuimos por el pasillo hacia la

habitación de mis padres. De lejos llegaba el sonido de música de iglesia que entonaba el ángel.

Pam, pam, pam, aporreó la puerta papá.

—¿Se puede pasar? —preguntó mamá.

—¡Adelante! —contestó Gabriel—. Como si estuviesen en su casa.

«¡Qué cara más dura!», pensé yo.

Papá abrió la puerta.

Gabriel estaba sentado en una punta de la cama y ponía cara de no haber roto nunca un plato o, mejor dicho, un jarrón.

—Esto, Gabriel... —empezó papá, que continuaba sin tener ni idea de cómo

tratar al ángel—. ¿No habrá salido a dar un paseo por la ventana?

—Pues, sí —contestó Gabriel bajando los ojos y mirándose las puntas de los pies.

—¿Pero, hombre! —dijo mamá con muy poco acierto—. ¿Cómo se le ha ocurrido?

—Necesitaba salir a estirar las alas.

—¿Estirar las alas? —repitió papá, que aquellos días parecía tener dificultades para entender lo que le decían.

—Sí, estirar las alas —explicó Gabriel—. ¿Qué le pasaría a usted si durante muchos días no utilizara las

piernas? Que le darían calambres, ¿verdad? Pues lo mismo me pasa a mí con las alas.

—¡Uf, grñ grñ grñ! —refunfuñó papá con la cara más roja que un tomate.

—¡Calma, Alberto, tranquilízate! —recomendó mamá. Y después preguntó —: Pero ¿por qué lo ha hecho por el patio de luces? ¿No se da cuenta de que ahora los vecinos hacen comentarios?

—¿Y dónde quería que lo hiciera? ¿En la ventana del comedor? Habría sido peor, ¿no le parece?

—¡No, en el comedor de ninguna de las maneras! —gritó papá, que ya debía imaginarse a Gabriel volando por

delante de todos los balcones del edificio y sorprendiendo a los peatones y provocando un caos circulatorio.

—¡Me va a dar un ataque de nervios! —exclamó mamá dándose la vuelta hacia mí y retorciéndose las manos como si se las quisiera dislocar.

—Pues bien, necesito algún sitio para estirar las alas.

—Gabriel tiene razón —dijo papá, que hacía esfuerzos por calmarse—. Ya sé que podemos hacer. Mañana iremos de excursión a la montaña y, sin que nadie espíe, Gabriel podrá volar.

Era una gran noticia, no sólo para el ángel sino también para mí, que ya

empezaba a hartarme de estar encerrado en casa sin salir en todo el día.

Le guiñé un ojo al ángel, como diciéndole: «Nos divertiremos, ¿eh?».

*6 SEIS SUSPIROS
DE MAMÁ Y UN
SUSTO DE LOS
QUE HACEN
HISTORIA*

*M*AMÁ estaba acabando de hacer la tortilla de patatas, y papá preparaba los bocadillos. Ya lo teníamos casi todo a punto para marchar de excursión.

—¡Bueno, vámonos! —grito papá

cuando estuvieron listos.

Todos corrimos hacia la puerta y, cuando ya salíamos saltando escaleras hacia abajo, mamá gritó:

—¡Eh, alto aquí!

—Y ahora, ¿qué pasa, Elvira?

—No querrás que Gabriel salga a la calle tal como va, ¿verdad?

«¿Cómo va?», pensé yo, que no veía nada de particular en la túnica del ángel.

—¿Por qué no? —preguntó papá, que seguramente había pensado lo mismo que yo.

—Porque si los vecinos nos ven, organizarán un escándalo.

—Tienes razón. Sólo nos faltaría

eso, que el memo del tercero primera nos denunciara a la policía.

—Hay que taparle las alas. Y la túnica.

—Y tenemos que darle un calzado menos estrafalario que éste: nadie que tuviera dos dedos de frente llevaría sandalias en invierno.

—Juan, trae las zapatillas de papá, corre.

Fui a buscar las zapatillas de cuadros de papá, que estaban debajo de la cama.

Mientras, mamá se había emperrado en ponerle la gabardina de papá. Pero, claro, las alas eran tan grandes que

resultaba imposible meterlas.

—Quizá con el albornoz —sugirió papá.

—Pasará lo mismo que con la gabardina —contestó mamá.

—Podríamos abrir dos agujeros detrás para que pudiera sacar las alas —sugirió papá.

—¡Ay, Alberto, qué bobo eres, a veces! Si se trata de esconderle las alas. ¿Ya no lo recuerdas?

—Es verdad.

Entonces, todos nos pusimos a pensar durante un rato.

—¿Y si le envolvemos en una manta? —propuse.

Mamá y papá me miraron con la cara iluminada:

—¡Qué gran idea, rey! —exclamó mamá. Y añadió—: Alberto, ¿por qué no coges la manta de cuadros que está guardada en el armario?

Cuando lo tuvimos enrollado como una croqueta, bajamos.

Las alas hacían un bulto tan grande que parecía que tuviera una joroba. Gabriel sacaba la nariz y los ojos por un agujero. Por debajo de la manta asomaban los pies calzados con las zapatillas de papá.

En la portería, además de toparnos con el árbol de Navidad con la

guirnalda de luces, nos topamos con los vecinos del quinto cuarta.

—¿Tenéis a alguien enfermo? — preguntó la señora.

—El abuelo contestó mamá muy deprisa.

Papá corrió hacia la puerta de la calle: no le apetecía que le sometieran a un interrogatorio.

—¡Virgen! ¿Qué le ha ocurrido? Una indigestión de turrónes, quizá...

—Eso es dijo mamá, que obligaba a andar al ángel, mientras le agarraba la manta fuertemente, para que no se desvolviera y se le vieran las alas.



—¿No crees que lo llevas demasiado tapado? —continuó la del quinto cuarta, que era un poco marisabidilla.

—Es que me da miedo que pille un resfriado —explicó como en un suspiro mamá, que ya había conseguido llegar a la calle sin que a Gabriel se le cayera la manta por el suelo—. ¡Adiós!

Tuvimos dificultades para poner a Gabriel dentro del coche. No había manera de meter las alas. Finalmente, papá tuvo una idea brillante. Abatió la bandeja de detrás, la que tapa el maletero del coche. De este modo, las alas de Gabriel quedaron en el sitio que

dejaba libre la bandeja.

Mamá se puso al volante y papá se sentó a su lado. Enrique y yo nos sentamos detrás, uno a cada lado de Gabriel, y arrancamos.

Justo cuando enfilábamos la autopista empezaron los problemas.

—Las alas del ángel me hacen cosquillas en la nariz —dijo Enrique.

—Pues te aguantas, que este viaje no es muy largo —contestó papá.

—Pero es que, si no las aparta, voy a estornudar —insistió Enrique, que estaba a punto de ponerse a hacer la ambulancia.

—Gabriel, ¿le importaría retirarse

un poco hacia Juan? —pidió papá con su mejor voz dulce, y no es que tenga muchas voces dulces. Le salió bastante ahogada.

El ángel hizo una pirueta y por poco se sienta encima de mí.

—¡Ay!, no hay derecho: ahora me hace cosquillas a mí y, además, estoy empezando a marearme —anuncié.

—¡Vigila! —gritó mamá, que siempre cree que si grita muy fuerte a mí se me pasa el mareo—. Coge la toalla de la bolsa y, si vas a vomitar, dímelo que pararemos.

—¡Mprrrm, mprrrm! —dijo papá. Y, después de unos instantes, volvió a

sacar una voz más dulce, aún más ahogada que antes, y anunció—: Ahora, para pasar mejor el rato, vamos a poner un casete.

¡Paf! Ya estábamos con aquello:

Yesterday,

all my troubles seemed so far away.

«¡Qué porquería! ¡Los Beatles!»,

pensé yo.

—¡Acs, acs, acs! —protestó Enrique —, no me gustan ni pizca éstos.

—*Éstos* son los Beatles y han sido uno de los conjuntos más interesantes de la música moderna —explicó papá con voz ofendida.

—¿No me dirá que le gustan estos

malapatas? —metió baza el ángel.

—Pues sí, mire por dónde a mi mujer y a mí nos gustan, ¿verdad, Elvira?

—¡Son fantásticos! —exclamó mamá, que, con su inglés de estar por casa, chapurreaba la canción: *Oh, I beliiiiive in Yesterdaaaaay.*

—Son auténticamente insoportables —dije yo—. No tienen nada que ver con Mecano. Éstos sí que son extraordinarios. ¿Quieres oírlos? —le pregunté al ángel. Y, antes de que papá pudiera reaccionar, metí el brazo entre los dos asientos de delante y cambié el casete.

*Y los muertos aquí
lo pasamos muy bien
entre flores
de colores...*

—¡Válgame Dios! —exclamó el ángel—. Esto es todavía peor que el grupo anterior.

—¡No entiendes ni papa! —le cortó Enrique muy descarado—. Son buenísimos.

Enrique y yo nos pusimos a cantar con Mecano la canción siguiente.

—¡Basta, basta! Es horroroso, es irresistible, no hay quién lo soporte — gritaron los tres a la vez.

Papá quitó el casete.

Mamá suspiró aliviada.

Y Gabriel nos comunicó que ni Beatles ni Mecano.

—Ahora canto yo.

Y se puso a cantar música gregoriana, música de esa que cantan en las iglesias y parece que sólo tenga vocales y ninguna consonante.

Y continuó hasta que llegamos a la montaña, que por fortuna no estaba muy lejos. Quedaba a la distancia siguiente: a un pipí de Enrique, a una vomitona mía, a dos tortas de papá (una para mí y otra para Enrique; con Gabriel no se atrevió) y a seis suspiros de mamá.

Salimos del coche con mucho cuidado para no estropearle las alas a Gabriel. Después de descargar el cesto de la comida, papá propuso:

—¿Qué os parece si jugamos un partido de fútbol antes de ponernos a comer?

Hicimos los equipos. Jugábamos papá y yo contra Gabriel y Enrique.

Durante la primera parte, todo fue bastante bien porque papá y yo ganábamos por cuatro a uno.

Pero en la segunda parte, Gabriel empezó a hacer trampas: cada vez que yo estaba a punto de meter una pelota en la portería, él se elevaba, revoloteaba y

paraba el chupinazo. Hasta que, ¡claro!, llegó el empate y, algo después, el marcador ya estaba a su favor.

—¡No hay derecho! —protesté—. Esto es una trampa.

—¿Qué es una trampa? —preguntó Gabriel con aire de inocencia.

—Que vueles es una trampa —le dije muy enfadado. Y lo estaba de verdad. ¡Qué desagradecido aquel ángel! Después de que yo le había ayudado a atarse las alas y le había preparado un baño de espuma, ya creía que éramos amigos.

—Yo, normalmente, en lugar de andar, vuelo —explicó Gabriel con un

cierto tono amenazador.

—Pero en los partidos no se puede volar, y menos si eres el portero — respondí.

—A ver, enséñame el reglamento: si lo dice en alguna parte, aceptaré que tienes razón y anularemos los últimos goles.

Pero, claro, yo no disponía de un reglamento ni, aunque así hubiera sido, me hubiera valido de algo, porque seguro que no está previsto que los ángeles formen parte de un equipo de fútbol.

Justo entonces, cuando los dos gritábamos nerviosos y papá trataba de

poner paz, sonó el silbido de final de partido del árbitro. O sea que mamá gritó:

—¡A comer!

Dejamos la discusión y corrimos a comernos los bocadillos.

Yo miraba a Gabriel con algo de[^] resentimiento: es increíble el hambre que se puede tener después de haber ganado un partido de fútbol.

Después de comer, mis padres se quedaron dormidos y yo me puse a leer. Mientras, oía que Enrique y Gabriel cuchicheaban y reían. No les hice caso. El libro era fascinante y ellos, en cambio, parecían dos locos con aquellas

risas de conejo constipado.

Al cabo de un rato, desaparecieron brincando. Yo continué leyendo.

Después de un cuarto de hora, mamá se despertó. Primero me observó con ojos de sueño, bostezó y miró a su alrededor.

—¿Dónde están? ¿Dónde están Gabriel y tu hermano?

Me encogí de hombros.

—¿No lo sabes? —exclamó mamá—. ¿Cómo puede ser que te preocupes tan poco por tu hermano pequeño? ¿Cuánto hace que se han marchado? ¿Adónde han ido? ¿Qué querían hacer?

Yo no podía contestar tantas

preguntas a la vez y respondí sólo una:

—¡No te preocupes, mamá! No pueden haber ido muy lejos. Se han marchado montaña arriba.

Y con la mano indiqué la dirección.

Con todo aquel revuelo, papá se había despertado y empezó a chillar como si le hubiera atacado una bestia maléfica.

—¡Hacia los acantilados!

—¡Corre, Alberto! —chilló mamá.

Y mis padres subieron por el sendero hacia la cima a una velocidad que ni Cari Lewis. Y yo detrás de ellos echando el hígado por la boca, hasta que alcanzamos la cima.

Lo que vimos al llegar arriba era para poner los pelos de punta.

Gabriel se había lanzado por el precipicio y volaba a unos mil metros por encima del fondo del barranco.

Enrique, sobre un saliente rocoso, escuchaba, con los brazos en cruz, los consejos de Gabriel, a punto para comenzar a volar de un momento a otro.

—¡Chst! —nos mandó callar papá—. No hagáis ni el más mínimo ruido.

Avanzamos muy lentamente para no darle un susto a Enrique y se cayera por el acantilado. Nos movíamos como indios sioux, sigilosamente. Hasta que saltamos hacia adelante.

Papá se lanzó al cuello de Enrique, mamá a sus pies y yo le agarré por una punta del anorak. Enrique empezó a hacer la ambulancia, mientras el ángel nos miraba abriendo los ojos como platos.

Entre todos le arrastramos fuera de la piedra traidora desde donde quería saltar para imitar a Gabriel.

—¡Virgen santa, mi niño! ¿Te querías matar? —decía mamá entre hipos cada vez más agudos.

Enrique no contestó porque estaba demasiado atareado poniendo en marcha su sirena.

—Acabaremos todos locos de atar.

Y todo por culpa de este inconsciente, que ha venido a agitar nuestras vidas — murmuraba papá. Y yo veía que le temblaban las manos.

—¿Les pasa algo? —preguntó el ángel inocentemente, mientras continuaba volando a mil metros de altura.

Papá, todavía temblando, y mamá, todavía hipando, dijeron a la vez:

—¡Mprrrm, mprrrm, mprrrm!

Gabriel se acercó a mí para hacer las paces, pero yo me hice el ofendido.

Y cuando ya regresábamos hacia el coche, mis padres dijeron en voz muy baja, pero yo les oí:

—Tenemos que deshacernos de Gabriel en cuanto podamos.

*7 SIETE
PAQUETES DE
PROPAGANDA Y
UNA IDEA
BRILLANTE*

*D*ESDE la excursión, yo esperaba que algún día se produjera la expulsión del ángel. A mí me hubiera entristecido porque el ángel y yo ya éramos amigos de nuevo. Pero, por otro lado, ya tenía

ganas de poder disponer de mi habitación. ¡Mamá ronca!

Por ejemplo, podría pasar que mamá dijera, con cara de pena:

—Lo siento mucho, Gabriel, pero tendrá que irse, porque nosotros hemos decidido marcharnos a vivir a Groenlandia. Y, ya se sabe, allí hace demasiado frío para los ángeles.

Y también podría decir:

—Lamento comunicarle, apreciado Gabriel, que mis padres han decidido venir a vivir a casa, de modo que no podemos tenerlo entre nosotros. Tendrá que buscarse otro hogar.

También podría pasar que papá, en

pleno ataque de rabia y después de refunfuñar, como siempre, que toda la culpa era de mamá por poner en marcha aquella locura, dijese:

—Gabriel, váyase ahora mismo. Ya estamos hartos de usted. Nos rompe la porcelana, no me deja dormir con mi mujer, nos provoca líos con los vecinos y, lo que es peor, casi nos hace papilla a un hijo en el barranco.

Parecía que mis padres no acababan de decidirse. Como si les diera angustia que Gabriel fuera solo por el mundo sin ningún tipo de protección y sin un lugar al que ir. Porque, en el fondo, aunque refunfuñen mucho, mis padres son buena

gente.

Me imagino que para animar a Gabriel a marcharse por propia iniciativa, le preguntaban:

—¿Ya ejercita sus poderes celestiales, Gabriel? ¿Ya prueba a regresar por el camino que vino?

Y él a veces contestaba:

—No, no he empezado a entrenarme, pero pronto empezaré.

A mí me parecía que no sabía por dónde empezar, como si hubiera olvidado qué debía hacer.

Otras veces contestaba:

—Sí, sí, ya lo intento, pero no acabo de conseguirlo.

Y es lo que yo digo: estaba completamente perdido, pobre.

En casa, la tensión era cada día mayor. No hacía falta que mis padres dijeran gran cosa; se veía que la presencia de Gabriel les era un enredo enorme.

Y es que mis padres no decían gran cosa porque cada vez hablaban menos. Sus diálogos se reducían a «mprrrm mprrrm» y a «uf grñ grñ» y a «acs puaf».

Aquella mañana, de pronto, mamá exclamó:

—¡Estoy completamente harta!

Yo pensé: «Ahora, ahora. Ahora le dice que ahueque el ala».

Pero, no. Mamá estaba harta de otra cosa (además del ángel, ¡claro!).

—Estoy cansada de estar encerrada todo el día en casa. Estoy hasta el moño de que sólo podamos salir a la calle por turnos.

La nariz y los ojos de papá salieron de detrás del periódico que estaba leyendo y le replicó con cara avinagrada:

—La culpa es tuya.



Mamá contestó:

—Me da exactamente igual de quién sea la culpa. Me gustaría que saliéramos a la calle todos juntos.

—¿Todos juntos? —preguntó papá.

—Sí. Todos juntos: los niños, Gabriel, tú y yo. No pretenderás que dejemos a Gabriel solo en casa, ¿verdad?

—¡Válgame el cielo! ¡Por supuesto que no! —gritó papá aterrorizado, como indicando que dejar el ángel solo en casa era un peligro indescriptible.

«Uf, qué problema», pensé yo. «Tendremos que volver a disfrazar al ángel como el día que nos fuimos de

excursión»).

Papá debía de estar pensando lo mismo que yo porque comentó:

—Ir con Gabriel envuelto en una manta y andando por las calles no va a resultar muy fácil.

—Por mí no se molesten —intervino el ángel—. Yo voy bien así. No necesito nada más.

Papá y mamá se miraron.

—Como a ti te parezca, Elvira... —murmuró papá.

—Yo creo que ya va bien así mismo.

—¿Y los vecinos? —preguntó papá.

—No me importan. Me importa un rábano que se den cuenta de que tenemos

un ángel en casa.

Y la discusión quedó zanjada: iríamos a pasear y a comprar a unos grandes almacenes, con Gabriel. Y si la gente nos miraba por la calle, no nos importaría. Y si alguien nos detenía, sobre la marcha decidiríamos qué hacer.

Llegamos a la portería sin que se hubiera producido ningún incidente importante; es decir, que conseguimos llegar allí sin que ningún vecino nos viera. Pero, cuando pasamos por delante del abeto, con todas las luces encendidas, Gabriel quiso pararse para

contemplar las guirnaldas iluminadas.

—No nos detengamos —decía mamá nerviosamente.

—Vamos, vamos, anda —la apoyaba papá.

Pero el ángel y Enrique, como si fueran sordos, se embabiecaron delante del árbol.

¡Y se armó!

—¡Madre de Dios! ¿Qué es esto? —gritó la portera, que justo en aquel momento sacaba la cabeza por la portería.

Papá y mamá, como si se hubieran puesto de acuerdo, miraron hacia el techo con ojos de víctima.

Yo pensé que se nos avecinaba la tormenta y, quizá, incluso la portera llamaría a la policía pensando que habíamos secuestrado el ángel en algún lugar y lo reteníamos en casa contra su voluntad.

—Pues, ya ve... Como que es Navidad... —dijo papá a modo de explicación.

—¿Es un ángel? —preguntó el hijo de la portera.

—Es mi ángel de la guarda —añadió Enrique con orgullo.

La portera los miraba con ojos incrédulos.

—¡Venga, un ángel! Ustedes siempre

están de broma... Me quieren tomar el pelo, pero... ¡de ninguna manera! ¡Ni se imaginen que los voy a creer! A saber qué amigo suyo se habrá disfrazado — comentó la portera. Y, después, añadió, dirigiéndose a su hijo—: ¡Venga, ayúdame a repartir el correo!

Ni ella ni el niño volvieron a mirar más a Gabriel.

Papá y mamá suspiraron, aliviados.

Yo pensé que, de momento, todo había sido muy fácil.

Entramos en el supermercado y, al llegar a la fila de carritos metálicos, un

hombre cogió a Gabriel por el brazo.

—¡Tú! —le gritó—. ¿Crees que te he encontrado para que te toques las narices?

—¿Las narices? —preguntó el ángel mientras se las tocaba sin entender nada.

Papá y mamá estaban tan aturdidos que no tuvieron tiempo ni de abrir la boca.

—No te burles de mí, imitamonos — siguió el hombre, y le colocó un montón de papeles en la mano, mientras le recomendaba—: Reparte esta propaganda y, cuando hayas terminado, ve a la oficina a buscar más. Ya lo sabes, una hoja por cada persona que

entre en el supermercado.

Cuando ya se iba, se dio cuenta de que mamá y papá lo miraban con los ojos y la boca muy abiertos y añadió, como si se disculpara:

—Ya se sabe, la juventud, que no quiere trabajar... Si no vigilas no hacen nada.

Y se fue.

Papá cogió una hoja de las de Gabriel y leyó:

—¡Gran oferta de Navidad! ¡Señora, señor, no desaproveche esta ocasión! Hoy puede, mañana, ¡quién sabe! Turrónes «El diente que se rompe» a cincuenta pesetas menos. Cava «La

burbuja» a sesenta pesetas menos...

Y de esta forma proseguía una lista muy larga de productos rebajados.

Papá se echó a reír:

—¡Ja, ja, ja! Lo han confundido con alguien que habían contratado para repartir propaganda. ¡Ja, ja, ja!

—Y ahora, ¿qué hago con todos estos papeles? —preguntó Gabriel.

—Pues repártalos —propuso mamá.

Papá cogió el carrito metálico y metió a Enrique dentro, sentado en una especie de repisa y con las piernas colgando por dos agujeros.

Mamá se sacó del bolsillo una lista larguísima de cosas que íbamos a

comprar y empezamos a dar vueltas por el supermercado.

El ángel hizo caso a mamá y empezó a repartir la propaganda. La gente cogía el papel, pero ni miraba a Gabriel.

Todo iba bien hasta que pasamos delante de las estanterías de las galletas. Entonces Enrique se echó a llorar, otra vez, porque tenía hambre. No había manera de conseguir que se quedara quieto en el carrito. Quería bajar al suelo a cualquier precio. Se retorció de tal forma sobre su asiento que, finalmente, mamá gritó:

—¡Ay, que memo eres, hijo!

Lo levantó, lo sacó del carrito y lo

dejó en el suelo, no sin cierta brusquedad.

Enrique fue más rápido que mis padres. ¡Zas! Tiró de un paquete de galletas que tenía a su alcance, es decir, de los de abajo, y el montón se desmoronó.

—¿Qué haces? —preguntó mamá mientras liberaba a Enrique de la cascada de paquetes que le venía encima.

Enrique empezó a hacer la ambulancia, porque mamá, además de reñirle, le quitó el paquete de galletas.

—Venga, Juan —pidió papá—. ¡Ayúdame a colocarlo otra vez!

Colocamos los paquetes de galletas con poca gracia, la verdad. Se notaba que no teníamos ni idea. Aquello, en vez de una pirámide bien construida, parecía aquella torre italiana que está tan inclinada que da la impresión de estar a punto de caer. Creo que se llama la torre de Pisa.

Mientras papá y yo colocábamos los paquetes de galletas y mamá intentaba que callase la ambulancia, quiero decir, mi hermano, el ángel terminó de repartir todos los papeles.

Mis padres creyeron conveniente largarse a toda pastilla del supermercado antes de que alguien

volviera a atrapar a Gabriel y lo colocara a trabajar de nuevo.

Fuimos hacia el aparcamiento cargados de paquetes.

—¿Verdad que soy bueno repartiendo propaganda? —me preguntó Gabriel mientras recorríamos el sótano de los grandes almacenes.

Mis padres protestaban porque, como siempre, no recordaban dónde habían dejado el coche.

—¡Eres súper! —respondí a Gabriel, porque ya había decidido olvidar las trampas que hacía cuando jugaba de portero y ya volvía a ser su amigo.

—Si no consigo regresar a las nubes podría dedicarme a hacer este trabajo durante todo el año, ¿qué te parece?

—Psée... —contesté, poco convencido de que aquélla fuera una gran solución para nadie. Y después añadí—: ¿No preferirías volver al cielo?

—¡Pues claro! Pero no sé si sabré encontrar el sistema.

—Podría ayudarte —dije cotí algo de atrevimiento, porque, de verdad, de verdad, no sabía si sería capaz.

—¿De veras? —preguntó el ángel con aire de felicidad—. ¿Crees que podrías encontrar la manera para que

podría volver a las nubes?

Justo en aquel momento se me encendió una lucecita.

—¡Ya lo tengo! La abuela Tereza encontrará la manera. Ella sabe mucha magia.

Y precisamente en aquel momento también se encendió otra lucecita: la del intermitente de nuestro coche que, por fin, había aparecido.

8 *OCHO*
SORBETES DE
MENTA Y UNA
FÓRMULA
MÁGICA

CONSEGUÍ mi propósito: mis padres me acompañaron a casa de la abuela Tereza y me dejaron allí con el ángel; pero ¡afortunadamente!, se llevaron a Enrique.

—¿Una copita de anís? —preguntó la abuela a Gabriel.

—¿Cómo dice?

—Que si le apetece un poquitín de este licor —añadió la abuela mientras le enseñaba una botella con un líquido transparente.

—¿Tomará usted?

—Por supuesto que sí —contestó la abuela—. Todos los días bebo una copa para estar en forma.

—En ese caso, yo también.

La abuela, con mucho cuidado porque las manos le tiemblan un poco, sirvió dos copas de anís y le ofreció una al ángel.

—¡Caramba! —exclamó el ángel, después de haber bebido un sorbito—. Está buenísimo. Dulce y caliente.

—Ya se lo decía yo —contestó la abuela, que también había bebido un sorbito de licor y había dejado la copa sobre la mesa.

Entonces la abuela me miró y chilló:

—¡Ay, rey mío! ¡Mi Juan precioso! Si casi me olvido de ti. ¿Qué quieres beber?

Juan precioso, es decir, yo, pensó que era la ocasión perfecta para hacer lo que quisiera. No estaba mamá para decir que me prohibía tomar porquerías y, además, la abuela deseaba que todo

fuera como una seda para que el ángel se encontrara lo más cómodo posible. De modo que contesté:

—Una *coca-cola*.

Y la abuela se fue a la cocina a buscarla.

—¿Estás seguro de que tu abuela podrá ayudarnos? —preguntó Gabriel, mientras de lejos se oía a la abuela trasteando por la cocina.

—Sí, hombre —contesté—. Tú déjame a mí y ya verás cómo lo resolvemos.

La abuela entró con el vaso de *coca-cola* en la mano.

—Toma, chatito —me dijo cuando

me lo dio.

La abuela se sentó en la punta del sofá, con la falda bien puesta y estirada sobre las rodillas.

Durante un rato, nadie dijo ni una palabra. La abuela y Gabriel, porque trabajo tenían a tragar sorbitos de licor. Y yo, porque pensaba cuál podía ser la mejor manera de plantearle el problema a la abuela.

Finalmente, decidí que era mejor hacerlo sin tapujos.

—Abuela —dije.

—Dime, tesoro.

—Gabriel y yo no hemos venido por casualidad. Hemos venido para que nos

ayudes.

—¿Qué os pasa?

—Gabriel tiene que volver a las nubes y no sabe cómo hacerlo.

Gabriel la miró con aire formal mientras decía que sí con la cabeza.

—Quisiéramos que tú nos ayudaras, ¿sabes, abuela? Como tú tienes experiencia con la magia y todo eso.

—¡Válgame el cielo, hijito! Si yo con ángeles no he tratado nunca.

Gabriel puso cara de desencanto.

—Pero, abuela —dije yo, que pensaba que no podía abandonar tan fácilmente—, ¿estás segura de que no podrías encontrar una fórmula en alguno

de tus libros?

—Déjame pensar... —dijo la abuela mientras colocaba la copa sobre la mesa y se pasaba la mano por la frente, como si se quisiera aclarar las ideas.

Gabriel me miró y enarcó las cejas. Seguramente quería decir:

—¿Qué pasa ahora?

Y yo le contesté encogiéndome de hombros, como indicando:

—Tú déjala a ella.

La abuela había cerrado los ojos y parecía muy concentrada.

—Creo que ya sé dónde podemos buscar —dijo muy satisfecha—. Juan, por favor, tráeme la escalera de la

cocina.

Gabriel sonreía cuando yo me fui hacia la cocina. Descolgué la escalera que está detrás de la puerta.

—Aquí la tienes, abuela.

—Ponla delante de la librería y ábrela, hijito.

Hice lo que me pedía.

Cuando la escalera estuvo abierta y bien segura, la abuela se subió a ella.

«Suerte que mis padres no la ven», pensé yo mientras le aguantaba la escalera y ella cogía un libraco negro del último estante.

La abuela se bajó de la escalera y se sentó otra vez en el sofá. Sacó las gafas

de la funda que había sobre la mesa y se las puso. Empezó a hojear el libro y a leer retacitos, como si hablara para ella misma.

El ángel y yo nos mirábamos sin decir nada, para no interrumpir la lectura de la abuela.

—¡Aquí! —exclamó finalmente la abuela con aire de triunfo. Y, luego, nos pidió—: Escuchad con atención:

PARA QUE UN ÁNGEL PUEDA VOLVER AL CIELO

«Introducción: cuando un ángel ha caído del cielo y no sabe cómo regresar, se le puede ayudar, pero antes se le tiene

que preguntar si tiene ganas».

—¿Tienes ganas, Gabriel? — pregunté yo, mientras la abuela, muy educadamente, paraba la lectura.

—¡Muchísimas ganas! —contestó Gabriel.

—Entonces, sigamos —dijo la abuela.

«Primera fase: el ángel tiene que comer todo aquello que le ayude a volverse incorpóreo».

—¿Incorqué? —pregunté yo.

—Incorpóreo, es decir, sin cuerpo —aclaró la abuela.

—¿Sin cuerpo? —gritó Gabriel alarmadísimo—. Esto significa que voy

a desaparecer, que, ¡puf!, se habrá terminado Gabriel.

—¿Queréis callar de una vez y dejarme leer sin interrupciones? — refunfuñó la abuela. Y se colocó las gafas en la nariz para continuar la lectura:

«Es preciso que el ángel se vuelva incorpóreo porque tiene que parecerse a las nubes; se pueden ver, pero no se pueden tocar. De esta manera, el ángel conseguirá el primer propósito de esta fase: atravesar paredes, puertas, ventanas y, ¡lo que es más importante!, espejos. Sin embargo, el ángel continuará teniendo el mismo aspecto de

siempre, porque, cuando llegue a las nubes, le convendrá que sus compañeros le reconozcan».

—¿Lo ve, Gabriel, como seguirá siendo usted? —preguntó la abuela amablemente—. Para que lo entienda: le veremos como siempre, pero no le podremos tocar. Y usted tendrá la facultad de atravesar cualquier barrera sin necesidad de abrir puertas. ¿Lo entiende?

—Sí, sí... Ya empiezo a ver qué significa todo eso. Lo que no comprendo es cómo lo conseguiré.

—Calma, calma. No nos pongamos nerviosos —recomendó la abuela. Y

continuó la lectura.

«El ángel tendrá que comer los platos siguientes:

veinticinco merengues,
cuarenta y cuatro buñuelos de viento,
dos soufflés: uno de limón y otro
de chocolate,
una mousse de plátano,
ocho sorbetes de menta
y un kilo de barbabapás».

—¡Caramba! —comenté preocupado
—. Quizá reventará si se lo come todo.

—¡Un momento, que no he
terminado! —se impacientó la abuela. Y
volvió a coger el libro:

«Contrariamente a lo que pudiera parecer, no existe peligro de que el ángel reviente, porque, a medida que vaya comiendo, su cuerpo irá dejando de existir. Y, claro, algo que no existe no puede estallar».

—Eso parece razonable —comentó la abuela.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó el ángel, que ya estaba relamiéndose de pensar en la merienda que estaba a punto de conseguir.



—Ahora mismo —exclamó la abuela, ya puesta en pie—. Usted, Gabriel, venga a la cocina conmigo. En primer lugar haremos los merengues y, mientras se los come, iremos preparando el resto de los platos. Y tú, Juan, irás a buscar los barbapapás y los sorbetes.

No estaba preocupado por los barbapapás. Sabía dónde los podía conseguir. No muy lejos de casa de la abuela hay instalada una feria, con caballitos, noria y coches de choque. Hay puestos de garrapiñada, manzanas con caramelo y barbapapás enrollados alrededor de un palo blanco y largo. En

cambio, no tenía ni idea de dónde podría conseguir los sorbetes. Suerte que la abuela me ayudó.

—Los sorbetes los compras en la confitería que hay calle arriba, a mano derecha, antes de cruzar. Siempre tienen.

Todos nos pusimos a trabajar.

*9 NUEVE HORAS
DE TRABAJO Y
LA LUZ
PLATEADA DE
LOS ESPEJOS*

*L*A abuela y yo nos pasamos más de nueve horas para comprar y cocinar aquel montón de comida, y Gabriel se lo tragó en una hora justa. Al final, yo empezaba a sentirme mareado sólo con

mirarle, pero él no parecía muy afectado. Daba la impresión de que todavía le cabían más cosas en la barriga. ¡La fórmula mágica era realmente mágica!

—¿Y ahora qué? —preguntó Gabriel a la abuela.

—Ahora tenemos que comprobar si ya es incorpóreo. Veamos qué dice la receta.

La abuela volvió a ponerse las gafas y leyó:

«Después de haber comido todos estos platos, para saber si el ángel ya es incorpóreo es preciso hacer dos pruebas. La primera: la persona que

ayuda al ángel deberá pasarle el brazo y la mano por el pecho y sacarlos por la espalda con mucho cuidado de no estropearle las alas».

—¡Caramba, abuela! ¿Quieres decir que esto no será peligroso?

—¡Ah, no, no! ¡No dejaré que me hagan semejante barbaridad! —exclamó el ángel.

—Vamos a ver —dijo la abuela—. ¿En qué quedamos? ¿Tiene usted ganas de regresar a las nubes?

—Sí, sí, muchas —respondió el ángel tímidamente.

—Pues, entonces, no se queje y déjeme hacer —dijo la abuela muy

decidida.

Gabriel puso cara de resignación.

Mi abuela se remangó el jersey y se quitó el reloj.

—Para no lastimarlo, ¿sabes? —me explicó—. Quizá, aunque no tenga cuerpo, le podría arañar.

Un poco desconcertado, moví la cabeza. No sabía si mi abuela se estaba volviendo loca. Costaba creer que pudiera arañarse a alguien que no tenía cuerpo. Pero todavía costaba más creer que Gabriel se hubiera quedado sin cuerpo. ¡Yo se lo veía perfectamente!

La abuela gritó:

—¡Atención! ¡A la una, a las dos y a

las tres! ¡Hop!

Y la mano y el brazo izquierdos de la abuela atravesaron sin dificultad el pecho de Gabriel y salieron por la espalda, entre las alas.

—¡Funciona! —chilló la abuela.

—¡Es extraordinario! —grité yo.

—¡Usted es una mujer mágica! — exclamó el ángel.

—Psé... No es para tanto... — replicó la abuela, que es muy modesta.

Entonces la abuela sacó delicadamente el brazo del interior del ángel y dijo:

—Bien, veamos cuál es la segunda prueba.

Y leyó:

«La segunda: el ángel atravesará una pared e irá a parar a la habitación contigua sin sufrir el más mínimo rasguño».

—¿Está segura? —preguntó Gabriel bastante asustado.

—Por supuesto que sí.

—¡Vamos allá! —los animé.

El ángel se puso de pie con gran parsimonia, anduvo lentamente hacia la pared que da a la cocina y con un solo paso, ¡zas!, la cruzó sin problemas.

La abuela y yo corrimos hacia la cocina. Y allí estaba Gabriel, mirando la pared como si fuera imposible lo que

estaba sucediendo.

—Parece mentira —repetía una y otra vez. Y contemplaba a mi abuela con total admiración.

La abuela no nos dejó perder ni un minuto:

—Tenemos que continuar con el experimento. Vamos a leer.

Todos corrimos hacia el salón: la abuela y yo pasamos por la puerta y Gabriel atravesó la pared.

«Segunda fase: hay que buscar un espejo que no tenga ninguna mancha de óxido y que sea, aproximadamente, de la medida del ángel» —leyó la abuela.

Nos miró por encima de las gafas

con aire consternado.

—Eso sí va a ser difícil. Veamos: el del baño tiene manchitas de óxido, el que utilizaba para depilarme las cejas es demasiado pequeño, el que hay sobre la consola del recibidor tiene manchas de óxido y también una grieta... Creo que ya no tengo más espejos.

—¡Oh! —suspiró Gabriel con desencanto.

Pero, afortunadamente, yo recordé que todavía tenía otro espejo.

—¡Abuela, el del armario de tu habitación!

—¡Ay, rey de la casa! ¿Qué haríamos sin ti? ¡Pues claro! El espejo de luna que

hay en el armario de mi habitación. No sé por qué no he pensado antes en él.

Fuimos corriendo hacia la habitación de la abuela. Ella llevaba en las manos el librote negro para poder seguir leyendo.

Abrí la puerta del armario y, de dentro, salió una mezcla de olor a naftalina (esas bolas blancas que se colocan entre la lana para que las polillas no se la coman) y la colonia de la abuela. Pegado a la puerta, por la parte de dentro, había un espejo de cuerpo entero.

—Vamos a ver qué toca ahora — dijo la abuela. Y leyó:

«Es necesario que el ángel se suba a un taburete o escalera bajita, que se colocará delante del espejo. Desde esta altura, el ángel, en la misma posición que si fuera a lanzarse de cabeza a una piscina, se zambullirá dentro del espejo. De esta manera, el ángel conseguirá su segundo y definitivo propósito: atravesar el espejo y, deslizándose por la luz de plata que todos los espejos tienen detrás, llegar hasta las nubes».

—¿Me tiro ya? —preguntó el ángel, que se había subido a la cama de la abuela y tenía las manos juntas delante de la cara y las piernas flexionadas.

—¡Espere! —gritó la abuela con un

cierto malhumor—. Deje que acabe de leer la receta.

El ángel se sentó en la punta de la cama, a mi lado.

«Una vez esté en las nubes, el ángel podrá, si así lo desea, volver a visitar alguna vez a sus amigos. Antes, sin embargo, deberá practicar sus poderes mágicos para asegurarse de que no los olvida».

—Lo ha entendido bien, ¿verdad, Gabriel? —preguntó la abuela mirándole por encima de las gafas—. Cuando llegue a las nubes, no haga tonterías. Primero pida a los demás ángeles que le den las reglas de

funcionamiento de los poderes mágicos y practique. Practique mucho, hasta que esté seguro de dominarlos.

—Eso, y luego nos vienes a ver —le pedí yo, que ya empezaba a estar triste porque le perdía de vista. ¡Tantas ganas que tenía de ello los primeros días cuando quería que le cepillase las alas o cuando mamá se instaló en nuestra habitación!

El ángel me miró como si por primera vez se diera cuenta de que se iba para no volver. Se levantó y me abrazó.

—Os echaré de menos —me dijo—. Ya me empezaba a acostumbrar a vivir

con vosotros.

Yo pensé que quizá ahora se arrepentía de todo el experimento. Pero no era así. Añadió:

—Procuraré visitaros de vez en cuando.

—¡Bien dicho! —estuvo de acuerdo la abuela—. Ahora es mejor que nos digamos adiós y acabemos de una vez.

El ángel me besó la punta de la nariz.

—¡Adiós, Juan!

Luego se dio la vuelta hacia la abuela y dijo:

—Señora, ha sido un placer conocerla.

—¡Hasta pronto! —contestó la abuela, mientras le daba la mano.

Entonces, el ángel se subió de nuevo a la silla, se puso en posición de zambullirse y, cuando la abuela dijo: «ahora», se lanzó de cabeza contra el espejo.

Desapareció en un abrir y cerrar de ojos. El espejo hizo unas cuantas ondulaciones mientras se lo tragaba y, luego, volvió a quedarse quieto.

La abuela exclamó:

—Bien, Juan, ya hemos terminado. ¿Quieres que vayamos a ver la tele?

Yo contesté que sí con un cabezazo. No podía hablar porque tenía un nudo en

la garganta.

Mientras veíamos la película, pensamos que teníamos que encontrar una explicación para cuando mis padres vinieran a buscarme.

—Les diremos que ha podido regresar él solo a las nubes.

Y, efectivamente, cuando mis padres y Enrique llegaron, mamá preguntó en seguida por Gabriel.

—Se ha ido —explicó la abuela con una calma total.

—¿Se ha ido? —preguntaron papá y mamá a la vez, como si no lo acabaran de creer.

—¿Qué significa que se ha ido? —

quiso aclarar papá.

—¿No se habrá marchado solo a la calle? —se alarmó mamá.

—No, no —la tranquilizó la abuela —. Ha vuelto a las nubes.



—Sí —expliqué yo con una cierta cara dura—. Estábamos sentados y de pronto, ¡blof!, ha desaparecido.

Papá y mamá se miraron y se sonrieron, como si la noticia les quitara un peso de encima.

—¡Ah! —exclamaron los dos al unísono, incapaces de añadir nada más.

En aquel momento intervino Enrique:

—¿Quién se ha ido? ¿El ángel?

—Sí, corazón —probo a explicar mamá—. Ha vuelto a las nubes, que es donde tiene que estar.

—¡Yo no quería que se fuera! —berreó Enrique. Y empezó a hacer la

ambulancia.

Papá subió el volumen de la tele y todos, menos Enrique, nos pusimos a ver la película, que justo en aquel momento estaba muy emocionante porque los gremlins atacaban a la madre de la protagonista.